

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



# EL MONJE

Fernando Olavarría Gabler

39



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

# EL MONJE

Fernando Olavarría Gabler



## EL MONJE

---

**E**n una tarde de mayo, mientras me calentaba al sol esperando que llegara el tren en la estación de Chorrillos, vi, al otro lado de la línea férrea, a un monje que alzaba las manos. Me habré quedado dormido-pensé-. Pasará el tren frente a mí. Sonará el pitazo del inspector, se cerrarán las puertas, yo seguiré durmiendo y llegaré atrasado al trabajo.

Pero el tren no había pasado y el monje no era tal. Era el tronco de un árbol de la calle al cual un camión le había arrancado una rama y dejado un hueco oscuro que vi como la cara del monje. Las ramas del árbol, por cierto que eran sus brazos los cuales se ramificaban hacia arriba.

El árbol tenía seis brazos, doce manos y ciento treinta y cuatro dedos. Tuve la ociosidad de contarlos.

-El tren pasará con gran retraso porque hubo un contratiempo en la vía -me dijo el árbol. Si deseas, trepa por mis ramas y lo avistarás allá, entre Villa Alemana y Limache.

-Imposible- respondí. Aunque trepara hasta tus dedos mi vista no llegaría tan lejos.

-¡Trepa!- insistió el árbol. No subas al tren y ven a conocer mi mundo espiritual.

Permanecí sentado en la silla de plástico azul de la fuente de soda de la estación, atravesé la línea férrea, luego la calle, y trepé fácilmente por el tronco después de haber dado un liviano y etéreo

brinco.

Me encaramé por uno de sus brazos o ramas y llegué a una de las doce manos que tenía quince dedos. Continué ascendiendo por uno de estos dedos y constaté que no se le veía fin; tan larga era esa rama, más bien parecía una rígida cuerda cuyo extremo se perdía entre las nubes.

Ya que estoy aquí, me dije, para cobrar ánimos (porque me empezaba a invadir el vértigo), seguiré ascendiendo hasta meter la cabeza en ese techo de nubes que está un poco más arriba.

-¿Qué estás haciendo ahí?- habló un rostro que se asomó a través de las nubes.- ¿Estás jugando a Jack el de las habichuelas?

Era el monje.

-Lo que pasa, es que estoy respondiendo a una invitación y ahora, al divisar allá abajo la ciudad y la línea del tren que la atraviesa como un hilo de plata, y el horizonte del mar a los lejos... ¡Tengo miedo! ¡Me voy a caer! Grité atemorizado.

-Calma hijo mío -oí la voz consoladora del monje- y una mano fuerte agarró una de las mías y fui alzado como un niño hacia un piso plano de cemento.

-Siéntate en esa silla y descansa tus nervios- ordenó el monje. Dime ¿Qué te trae por aquí?

Estaba sentado en la silla de plástico azul observando la cicatriz que había dejado el desganche de una rama del...



# EL MONJE

---

-Sí, ya sé -interrumpió el monje. Viste mi imagen dibujada en el tronco y el árbol te invitó a subir. Dicho fenómeno sucede cada treinta y tres años - la edad del Señor - para que un pecador como tú tenga la suerte de conocer que el mundo en que habitas, está rodeado de dimensiones desconocidas y a nadie se le ocurre que existen. Debiera estar enojado contigo, pero ya te he perdonado antes de que aflore mi enojo porque has interrumpido mi inspiración musical. Cuando estabas por precipitarte a los abismos yo estaba iniciando el segundo movimiento del concierto para caracola y orquesta. Diciendo esto, el monje recogió del suelo un inmenso caracol y lo empezó a soplar por uno de sus extremos más aguzados. Los sonidos que emitía el caracol eran armoniosos, lindísimos, de una belleza que infundían plena alegría. A esto se agregaba unos magníficos acordes de instrumentos invisibles y desconocidos para mí que tocaban una música maravillosa.

El miedo y el cansancio por la escalada habían desaparecido y una felicidad inmensa se apoderó de mi espíritu.

Cuando el monje hubo terminado el concierto se levantó de una banqueta donde estaba sentado y dando unos pasos hacia una rústica mesa de madera abrió una caja, sacudió la caracola como para quitarle la saliva que se hubiere acumulado en el agujero y la guardó en la caja. Cerró la tapa y volviéndose hacia mí me preguntó con su rostro sonriente si me había gustado el concierto.

¡Fascinante! - respondí...Y la orquesta -agregué- ¿dónde estaba?

-Son los ángeles del cielo los que tocan sus instrumentos y me acompañan- dijo el monje.

-No hay duda alguna que eran ellos- expresé. La música era celestial.

Bueno. Bueno. El tiempo no corre aquí, pero de todas maneras hay que llevar cierta disciplina y es la hora de la merienda. Atraca tu silla a la mesa y comeremos juntos. Entonces el monje arrastró la banqueta, puso la caja que contenía la caracola en un desván y sacó de una bolsa gris dos nueces. Puso una de ellas sobre la mesa frente a mí. Se sentó en la banqueta y dando un formidable golpe con el puño cerrado partió la nuez que le correspondía y empezó a comer separando la carne de las cáscaras.- Come -me ordenó- mientras masticaba silencioso las minúsculas partículas de comida.

Yo también quise partir la mía con un golpe de puño pero la mano rebotó en la nuez y ésta cayó al suelo.

-Así no se hace - corrigió el monje, y agachándose, recogió mi nuez y la puso nuevamente delante de mí sobre la mesa. Yo, en esos instantes sentía un agudo dolor en el canto de mi mano derecha y me sobaba con la otra pensando en la tremenda fuerza física que tenía el monje, al recordar cómo me había alzado en vilo cuando estaba en apuros aferrado a la rama del árbol.



# EL MONJE

---

Molesto por no romper la nuez la cogí y levantando una de las patas de la mesa, la puse debajo para quebrarla afirmándome sobre la mesa, pero mi maniobra fue interrumpida por el monje que dijo: Veo que eres porfiado y esa es una buena cualidad cuando se persigue un fin benéfico. Además de porfiado eres débil, y además de débil eres hábil. Además de hábil eres desordenado porque me ibas a dejar cáscaras rotas en la banquetta y si no las hubiera sacado de allí serías sucio, y además de sucio, un mal educado porque esos no son modales cuando te invitan a cenar.

Para terminar, he observado que, además de todo lo que te he dicho, eres una persona que trata de persuadir a las cosas que te rodean para que cambien su función natural en la vida a la cual están destinadas, ya que has pensado en trastocar la función intrínseca de la mesa para utilizarla como si fuera un cascanueces.

No me extrañaría en absoluto que un individuo similar a ti tratase de convencer a un cura para que cambiara de vocación y se hiciera terrorista.

-Pásame la nuez- ordenó con voz pausada.

La saqué de debajo de la pata de la mesa, se la di y me senté nuevamente en la silla. Entonces el monje, tomándola entre el índice y el pulgar la rompió en pedazos sin demostrar esfuerzo alguno y la puso delante de mí.

Comimos silenciosamente nuestras pequeñas porciones y yo

meditaba en lo frugal que era la alimentación de los monjes. También a mi mente llegaban desordenados pensamientos. Uno de ellos era en el mobiliario de la celda donde estábamos, porque la silla, la mesa, la banqueta y el desván habían aparecido a mi vista solamente cuando eran necesarios. Recordaba que antes no estaban presentes. Comprobé que la caja con la caracola habían desaparecido y también la bolsa con las nueces. Deduje entonces que la cena había terminado. Y así fue, porque la mesa con las cáscaras de las nueces encima ya no estaba a la vista. Ante mi mirada atónita, el monje sacó un pañuelo debajo de su hábito y se sonó ruidosamente.

-Son las fuerzas del pensamiento - comentó y después cerró los ojos. Parecía dormir. Lo observé largo rato y constaté que no dormía sino que estaba rezando; sus labios se movían con un leve temblor y en sus manos, posadas sobras sus faldas, pendía un rosario que se escurría lentamente por entre sus dedos, perla por perla en cada Ave María.

Me vino a la mente un hermoso pensamiento y éste consistía en cómo unos dedos con tanta fuerza física podían tratar tan suavemente ese rosario. Deduje entonces que en el trance de oración en que se encontraba el monje, debería estar presente la imagen femenina de Nuestra Madre Celestial y todos los sentimientos de pureza y amor que ellos significaban. Entonces mis ojos se llenaron

## EL MONJE

---

de lágrimas, al recordar una triste escena. Vino a mi memoria la imagen de mi madre terrenal cuando, agónica, se iba de mi lado. Apreté el dorso de su mano inerte sobre mi frente y lloré, lloré amargamente con el alma desgarrada. Estaba vencido por la muerte, desarmado, sin poder ya luchar para que ella se repusiera de su enfermedad incurable. Alcé la vista hacia un cuadro que estaba en la cabecera de su cama, y encontré el rostro de la Virgen María...

No te preocupes- me dijo. Yo me encargaré de ella.

Mi espíritu acongojado se calmó en esos instantes y me retiré de la habitación...

El monje había terminado de rezar y abrió los ojos.

Tus últimos pensamientos han sido muy hermosos- me dijo. Los he sentido a través de las cuentas del rosario.

Es hora de la labranza en el campo.

¿Deseas acompañarme?

Contesté afirmativamente con un gesto silencioso de cabeza y partimos caminando por un sendero cubierto por una niebla que pronto se disipó.

Llegamos a una tierra fértil donde había toda clase de hortalizas. El Sol brillaba y el ambiente lleno de luz y vitalidad me invitaba a respirar profundo y aspirar con agrado toda esa frescura de campo.

Nos detuvimos frente a una amplia puerta de un edificio que

parecía un hangar o una bodega. En el interior reinaba la penumbra y yo, aún encandilado por la intensa resolana de afuera, solamente divisé con dificultad algunas figuras. Entramos. Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando y entonces me di cuenta de que estaba en una antigua sala de hospital. En el centro reconocí la estufa de hierro con su larga chimenea de latón que atravesaba el cielo del aposento y a ambos lados había dos largas hileras de camas iluminadas tenuemente por altas y grises ventanas. Las camas, estaban ocupadas por pacientes que sufrían diversas enfermedades. Unas graves y otras no tanto. Algunos estaban sentados en la cama. Otro, leía un periódico. Más allá, aislado por un biombo, agonizaba un hombre, y unos pocos, en pijamas y con pantuflas, estaban sentados en unas sillas alrededor de la estufa de hierro. También divisé a otro enfermo dándole de comer a su vecino.

Este es un interesante campo de labranza, dijo el monje. Vamos a trabajar.

Sígueme. Pasaremos visita.

En esos instantes entró un médico acompañado de dos enfermeras. El aspecto que tenían sus uniformes era anticuado ya que los delantales eran muy largos, llegaban casi hasta los tobillos y el doctor portaba un gorro blanco en su cabeza y su delantal estaba abotonado en forma cruzada, llegando los botones hasta el hombro izquierdo. Una larga capa azul oscuro le daba un aspecto imponente.

## EL MONJE

---

Pasaron al lado nuestro y no nos vieron, y el monje siguió pasando visita por su cuenta. La escena era divertida, porque mientras el doctor y las enfermeras venían de un extremo al otro de la hilera de camas, el monje y yo íbamos en sentido contrario. Mientras el médico conversaba con los pacientes, los interrogaba y les daba indicaciones a las enfermeras, el monje se acercaba silenciosamente al enfermo, se inclinaba sobre su cabeza y le soplabla la cerviz.

Al ver mi actitud de extrañeza, me dijo en voz baja que le estaba sacando todo lo sucio que tenían sus almas.

Estoy cosechando -me dijo con voz queda-. Cuando sacas la mata de hortalizas ¿no la pasas por agua limpia antes de comerla? Pues yo limpio estas almas para que puedan mejorar el cuerpo. Ven. Apresurémonos. El enfermo aislado detrás del biombo está expirando. Nos acercamos al moribundo y el monje sopló sobre su rostro. En esos instantes vi algo transparente y brillante que se desprendía de su cuerpo. Era como si la silueta del enfermo se estuviera desdoblado. Después, desapareció.

Tengo la impresión que llegamos justo a tiempo, murmuró el monje. ¡Pronto! ¡Sígueme!, y echó a correr a gran velocidad. Yo lo seguí, pero el monje se distanciaba cada vez más.

El paisaje se tornaba sombrío, oscuro y tenebroso. El monje seguía corriendo y se internaba más y más en él.

Finalmente, la oscuridad era casi completa. Cuando se detuvo acezando, yo había llegado junto a él y pude observar su rostro transpiroso que demostraba una gran preocupación. Parecía que buscaba algo a tientas en la oscuridad. Un olor pestilente invadía ese ambiente de tinieblas y yo sentía frío y calor al mismo tiempo. Pensé que tenía fiebre y deliraba. Tan mal me sentía. Era una terrible sensación, imposible de describir. De improviso el monje se arrodilló y comenzó a hacer fuerzas por levantar algo del suelo.

Parecía una gran loza o una piedra plana. El esfuerzo que hacía era muy grande y todo su cuerpo temblaba con los músculos en gran tensión. Finalmente, casi rugiendo, logró levantar una gran piedra negra y debajo de ella salió un rojizo resplandor. El monje, trémulo por el gran trabajo físico, se inclinó hacia una fosa que estaba debajo de la loza que se había volcado hacia un lado y sacó de allí, levantándolo de un brazo, al moribundo que estaba en la vieja sala del hospital, detrás del biombo.

-Vamos- ordenó el monje con voz cansada. Volvamos. Tu destino es otro.

Regresamos lentamente al campo de hortalizas y el moribundo se puso a trabajar en el huerto.

Sus movimientos eran lentos como los de una persona muy débil, y su cuerpo, de un color barroso y semitransparente, se parecía al de esos lagartos del desierto que viven debajo de las







piedras.

-Ya se repondrá- me dijo el monje. El aire puro y el trabajo en el huerto lo fortalecerán. Llegamos justo a tiempo. En realidad él no merecía estar allí. El arrepentimiento de sus pecados no fue del todo oportuno pero... Era un buen muchacho y la misericordia del Señor es infinita.

Se hace tarde. Ha terminado la visita. Tengo que regresar a mi celda.

-No me abandones- le dije al monje. Yo también deseo regresar.

-Eso es más fácil de lo que tú crees- replicó. Siéntate en esa piedra y cierra los ojos. Obedecí y permanecí sentado un buen rato con los ojos cerrados. Me aburría. Estaba cansado e incómodo de estar tanto tiempo así. De pronto oí voces... eran los alumnos universitarios que estaban riendo y charlando en las mesas de la fuente de soda vecinas a la mía. Abrí los ojos en los mismos instantes en que el tren llegaba a la estación.

Subí presuroso a él y se cerraron las puertas.

Mientras observaba cómo las casas pasaban veloces a través de la ventana del tren, mis pensamientos no lograban ordenarse en forma razonable. De pronto oí una voz que venía, no sé de adónde. ¿Sería una alucinación acústica? Era la voz del monje que decía:

*“Si la raíz es santa también los serán las ramas”.*

# EL MONJE

---

¡Esa frase la había leído antes! Sí, en una carta de Saulo a los romanos 11.16.

Entonces ¡no era una alucinación! Era un mensaje.

Paternal y bondadoso monje ¿Te volveré a ver otra vez?

Te recordaré siempre y trataré de imitarte... Para que la rama sea santa.

Fin

# Otros títulos en esta colección

---

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

# CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

---

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarría Gabler.